

De la mano es más fácil aprender a caminar



Padres y maestros recorriendo diferentes caminos, afrontando diferentes obstáculos, pero con una misma meta que alcanzar. ¿Quién no quiere subirse al podio? Cuando se trata de niños con necesidades educativas específicas tenemos, además, que llevarlos si es necesario andando de la mano hasta la meta, la cual no es otra que ser adultos independientes y autónomos. Y realmente ese triunfo es el mejor que vamos a alcanzar como educadores.



Milagrosa
Ruiz Delgado



Centro Intelecto de Especialidades Psicológicas
en Jerez de la Frontera
milagrosaruizdelgado@gmail.com
 [@milaruizpsico](https://twitter.com/milaruizpsico)
LinkedIn: [linkedin.com/in/milagrosa-ruiz-delgado-4854bb114](https://www.linkedin.com/in/milagrosa-ruiz-delgado-4854bb114)



▲
Alumno con NEE
en un aula de apoyo
específico

Poniendo en duda mi capacidad para ello, el primer año que trabajé tuve que relevar a una pedagoga terapéutica (PT) de un colegio concertado. Aprendí entonces algo del método de la enseñanza, el cual no tenía nada desarrollado. Asistía a las reuniones de claustro y, al principio, solo escuchaba. Tenía 23 años. A esa edad, una siente que, a pesar de haberse formado, no está preparada para dar indicaciones de nada. Poco a poco caí en la cuenta de lo que suponía para el profesorado la preparación del material didáctico adaptado para los niños con necesidades educativas específicas (NEE).

Al llegar al nombre del niño con NEE la PT, la orientadora de Infantil y Primaria y yo —que aquel año trabajaba en las etapas de Secundaria y Bachillerato— nos encontrábamos con el rechazo de algunos profesores a adaptar los temas, los exámenes, etc. ¡Claro! Era hacer dos exámenes o preparar doble trabajo de ejercicios, pero en el mismo tiempo y recibiendo el mismo salario por ello. En algunos casos, como niños con síndromes o claras discapacidades intelectuales, era muy fácil encontrar colaboración, pero en otros menos visibles se llegaba incluso a tener que dar explicaciones de por qué el niño en cuestión necesitaba adaptaciones.

No nos vamos a engañar, que un niño con ceguera parcial o discapacidad auditiva necesita el apoyo de condiciones específicas en el aula, o un niño con síndrome de Down requiere adaptar objetivos o contenidos de alguna materia, lo vemos muy claro. Pero ver, en cambio, que un niño con trastorno por dislexia o discalculia necesita cualquier tipo de adaptación curricu-

lar, queda condicionado al alumno en sí y a sus características personales. No me voy a meter ya con los niños con un trastorno con déficit de atención e hiperactividad, donde a veces se duda de los diagnósticos que hacen los psiquiatras infantiles. ¡Pues sí! Niños que interrumpen la clase, que molestan a otros compañeros, que se aburren, que no trabajan, etc., eran percibidos por el profesorado como “no merecedores” de ese trabajo extra que suponía adaptar el currículo.

Quizá hoy —que cuento con más bagaje como psicóloga educativa— tenga la capacidad de dar esas explicaciones de por qué las necesitan o, incluso, de qué tipo de adaptación puede necesitar cada niño dependiendo de sus capacidades, sus dificultades y sus características personales. Pero en aquellas reuniones me encontraba acorralada con las razones y la falta de tiempo que me daban los profesores. Ahora, mediante esta colaboración con la revista para *Padres y Maestros* me encuentro con una buena oportunidad de llegar a muchos educadores.

Siempre que he hablado con padres que tienen hijos con dificultades del aprendizaje o cualquier síndrome o discapacidad que obstaculice el desarrollo académico, coinciden en que necesitan saber que sus hijos tendrán un puesto de trabajo y que serán capaces de vivir de manera autónoma e independiente. No les afecta tanto el aprendizaje de los contenidos en particular o el título que conseguirán alcanzar sus hijos, lo que quieren es que se desarrollen y alcancen la cumbre más alta que sean capaces.

Desde otro prisma, los maestros que tienen niños con NEE en su aula admiten que les gustaría poder saber que han superado la asignatura y que han aprendido para seguir avanzando en la enseñanza. Prescindiendo de contadas excepciones con las que me he encontrado, actualmente los profesores son grandes motivadores de sus alumnos con necesidades. Se percibe un gran impulso y avance tras las últimas dos décadas de lucha por la inclusión.

Padres y maestros ante un mismo camino que recorrer y una misma meta

No hay muestra de amor más grande hacia otra persona que la de permitirle ser libre e independiente. Y para ello el niño tiene que cometer errores, frustrarse y aprender

que alcanzar: que esos niños sean el día de mañana ciudadanos integrados en la sociedad, capaces de contribuir en el desarrollo económico de ella y, a su vez, sacar beneficio. Pero no nos quedemos ahí, deben ser lo más autónomos e independientes posible. Entonces, ¿tenemos todo el trabajo hecho? ¿Hemos avanzado lo suficiente? Todos sabemos las respuestas a estas preguntas.

Como profesor de un alumno con NEE puedes observar su manera de aprender, luego ponerlo a prueba y hacerle consciente de ello, y, por último, conectar sus neuronas. Eso es proponer retos que realmente hagan que su cerebro tenga que trabajar, pero alcanzando objetivos, de lo contrario se rinde. Se trataría de entrenar el cerebro como si fuese un músculo debilitado, para poco a poco darle consistencia y fuerza.

Nuestro motor es el cerebro y desde que nacemos se va llenando de vivencias y de aprendizajes que nos ayudarán a evolucionar y llegar cada vez más lejos en nuestra vida. Como las piernas del niño pequeño, fallará al principio, pero también nos dará motivos para confiar en él y sentirnos fuertes y capaces cuando avancemos. Por eso, los profesores deben conseguir de sus alumnos el logro de objetivos y con cada uno deberán usar diferentes estrategias. En el caso de los alumnos con NEE, la ayuda para alcanzar los objetivos debe ir de la mano del niño. Si el escalón es muy alto podemos darle una mano o las dos o incluso podemos sujetar su cintura y darle un pequeño impulso. Por poder, podemos poner un escalón entre escalones. Porque como hemos visto antes, la meta es alcanzar la cima más alta que el niño sea capaz de lograr, dándole los recursos necesarios para ello.

Por su parte, como padres de niños con dificultades del aprendizaje o bien discapacidad, síndromes o cualquier enfermedad que limite sus aprendizajes, no puedes acomodarte en el cuidado protector que en ciertos momentos puedes necesitar dar a tu hijo. De nada sirve atarle los cordones a un niño con autismo. Lo que sirve es pacientemente enseñarle a atárselos, pues

queremos sacar lo mejor de él y hacer de nuestro hijo un adulto capaz. Debemos ser en este sentido "padres coraje". Y debemos hacerlo porque no hay muestra de amor más grande hacia otra persona que la de permitirle ser libre e independiente. Y para ello el niño tiene que cometer errores, frustrarse y aprender.

¿Has oído o leído alguna vez acerca del suicidio de las neuronas? Pues resumiendo, si una neurona no es útil y no se conecta con otras neuronas, se autodestruye y muere. Así que, como educadores tenemos el deber de potenciar las conexiones neuronales de nuestros alumnos e hijos sean cuales sean sus diferencias y características individuales.

Uno de los casos más severos de "cerebro dormido" que he tenido, así lo llamo yo desde que me di cuenta que el cerebro "se duerme", fue el de una niña con 12 años. No sabía sumar dos cifras. Lloraba desconsoladamente solo de pensar que íbamos a jugar una partida de parchís y tenía que contar casillas para comer mi ficha. Ni siquiera percibía la cantidad de los números del dado. Tenía que contar los puntos. También lloraba y me suplicaba no hacer una pequeña sopa de letras. Ver letras la atormentaba. Me gritaba, me miraba temblando. Su velocidad lectora ha sido la más baja que he visto hasta ahora a esa edad. Estaba escolarizada en 5.º de Primaria en un colegio ordinario.

Tenía una discapacidad intelectual, pero es que además no sabía hacerse una coleta, no sabía sonarse la nariz, no sabía borrar con la goma. Era en definitiva una niña muy pequeña en el cuerpo de una preadolescente. Y aún me pregunto cómo nunca nadie había trabajado con ella. Cómo desde el centro educativo nadie había dado a esa niña las ayudas que necesitaba y merecía. Ni siquiera estaba reconocida y evaluada como alumna de NEE. Impresionante, ¿verdad?



▲
Team Hoyt. Wikimedia.
Autor: Ericshawwhite

Lo interesante es que tras los tres primeros años de trabajo e intervención los avances fueron muchos. Este caso nunca debería haber llegado a mí así. ¿Cómo se pueden perder doce años de vida de un niño sin actuar?, ¿cuántas personas con capacidad para ver sus dificultades se cruzaron con esta niña? Es imposible responder que ninguna. Nadie durante todo ese tiempo le había dado la mano para subir un escalón.

No os puedo contar el final del caso. La niña tendrá hoy 19 años, yo la dejé con 15. Espero que sea independiente y capaz de ganar un pequeño sueldo. Hice todo lo que profesionalmente estuvo en mi mano. Su madre me agradeció haber despertado el cerebro de su hija y el suyo propio, pues, como ya habréis imaginado, también lo tenía dormido y había permitido que su hija no se desarrollase, haciendo lo que cualquier madre quiere para sus hijos, cuidarla y protegerla, hasta el extremo de quedarse anclada en el momento que tenía dos años. Esta es la satisfacción que tenemos los profesionales, saber que hemos dado todo lo que podíamos para hacer bien nuestro trabajo.

No sé si os habrá pasado, pero yo he visto que hasta los niños más discapacitados pueden llegar lejos. No importa el tiempo que tarden, importa que lleguen a la meta. Ser una de esas personas que dio la mano al niño que consigue un puesto de trabajo 20 años más tarde de prestarle tu ayuda es una honra, ¿no crees?

Me viene a la mente un símil para aquellos pocos profesores que aún se resisten a adaptar su asignatura: una escalera en la que cada escalón simula ser un curso académico. Arriba está el título, el acceso a la puerta que te lleva al mundo laboral. Imaginemos un niño de dos años que aprendió a andar hace ya meses e incluso se aventura a correr solo. Un pequeño cuyas piernas aún torpes, le arrojarán al suelo y le harán caer y llorar. Sus padres están allí para decirle "no corras, ve despacito". El niño hace caso porque se ha hecho daño, pero al rato ve un pajarito y lo quiere atrapar y vuelve a echarse a correr. El pajarito echa a volar, pero él no se ha caído y eso le hace confiar en la capacidad que tienen sus piernas para llevarlo lejos. Después (dependiendo de su ritmo madurativo) montará en bici, incluso en patinete y verá que, con la ayuda que le prestan las ruedas, es capaz de ir mucho más veloz. Pero siguen siendo sus piernas las que le dan la fuerza para pedalear o para impulsarse. Para subir los escalones de cada curso, el niño necesita madurar y fortalecer sus piernas.

Ya he dejado claro que el motor es el cerebro, las piernas que nos llevan lejos. Pero si las piernas fallan ¿quién no querría ser como el mítico Dick Hoyt y superar con su hijo o, por qué no su alumno, varios Ironman? ¿Acaso tú que lees este artículo hasta el final no empujarías la silla de ruedas? •



PARA SABER MÁS

COTRUFO, T., & ESCRIBANO, J. (2020). *En la mente del niño: El cerebro en sus primeros años*. Shackleton Books.

SERRANO, L. (2021). *Historias de niños y de familias especiales*. Digital Reasons.

SALGUERO, M. J. M. (2018). *La aventura de tu cerebro: El neurodesarrollo: de la célula al adulto (El Café Cajal n.º 5)*. Next Door.



HEMOS HABLADO DE

**Inclusión; aprendizaje;
acompañamiento; necesidades;
adaptaciones.**

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en septiembre de 2021, revisado y aceptado en enero de 2022.